

ENCICLICA "SUMMI MÆRORIS"(*)

(19-VII-1950)

PIDENSE ORACIONES PUBLICAS PARA IMPETRAR LA PAZ
Y LA CONCORDIA ENTRE LOS PUEBLOS

PIO PP. XII

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica

AAS 1. **Espectáculo consolador: la con-**
 42 **currencia a Roma e invitación a reno-**
 513 **vación.** No Nos faltan, ciertamente,
 motivos de sumo dolor y, al mismo
 tempo, de inmensa alegría. Por una
 parte se nos ofrece el espectáculo de
 las multitudes que en este Año Jubilar
 corren sin número a Roma desde todos
 los rincones del mundo y dan aquí tes-
 timonio insigne de una fe común, de
 unión fraterna y de una ardiente pie-
 dad en tal manera que, a través de los
 siglos, esta Alma ciudad, que tantos
 celebérrimos sucesos han conocido, has-
 ta ahora no vio cosa semejante. Y Nos,
 con amorosa solicitud, acogemos a es-
 tas multitudes sin número, confortán-
 dolas con fraternal exhortación y pro-
 poniéndoles nuevos y fúlgidos ejemplos
 de santidad. Las llamamos no sin co-
 pioso fruto, a los caminos de la reno-
 vación de las costumbres y la vida cris-
 tiana.

2. **Espectáculo triste: la turbada y**
falscada situación social de los pue-
blos. Por otra parte, las presentes
 condiciones sociales de los pueblos, de
 tal manera se presentan a Nuestra mi-
 rada que suscitan en Nos las más graves
 514 **ansiedades y preocupaciones.** Muchos
 discuten, escriben y tratan sobre la
 manera de llegar finalmente a la tan
 deseada paz; pero los principios que
 debían formar su sólida base, algunos
 los olvidan o abiertamente los repu-
 dian. De hecho en no pocos países no
 es la verdad, sino la falsedad, lo que

se presenta con una cierta apariencia
 de razón; no el amor ni la caridad lo
 que se favorece, sino el odio y la ciega
 rivalidad lo que se insinúa; no se
 exhorta a la concordia entre los ciu-
 dadanos, sino que se provocan las tur-
 baciones y el desorden. Pero como re-
 conocen todos los que son sinceros y
 piensan bien, así no se puede resolver
 justamente los problemas que separan
 todavía a las naciones ni las clases so-
 ciales pueden ser dirigidas como es ne-
 cesario hacia un porvenir mejor.

3. **Elevar al pueblo por la verdad**
y la justicia. Efectivamente, el odio
 nunca ha engendrado nada bueno y
 otro tanto puede decirse de la mentira
 y del desorden. Es necesario, sin duda
 ninguna, elevar al pueblo necesitado a
 un estado digno del hombre; pero no
 con la fuerza ni con las agitaciones,
 sino con leyes justas. Es necesario, cier-
 tamente, terminar lo más pronto posi-
 ble las controversias que dividen y se-
 paran a los pueblos bajo los auspicios
 de la verdad y con la guía de la justicia.

4. **Exhortación a la paz, recordando**
los estragos de la guerra. Mientras el
 cielo se cubre con oscuras nubes, Nos,
 que tanto nos interesamos por la liber-
 tad, la dignidad y la prosperidad de
 las naciones todas, no podemos dejar
 de volver a exhortaros con ardor a
 todos los ciudadanos y a sus gobiernos
 a la verdadera concordia y a la paz.
 Recuerden todos lo que la guerra trae,

(*) A. A. S. 42 (1950) 513-517; Versión de "Ecclesia", N° 472, Año X, 29-VII-1950 pág. 117-118.

tal como, por desgracia, sabemos por experiencia: nada más que ruinas, muertes y toda clase de miserias. Con el progreso de los tiempos, la técnica ha traído y preparado tales armas mortíferas e inhumanas que pueden exterminar no sólo a los ejércitos y a las flotas; no solamente a las ciudades, villas, aldeas; no solamente los tesoros de la Religión, del arte y de la cultura, sino hasta los inocentes niños, con sus madres, a los enfermos y a los ancianos indefensos. Todo lo bueno, todo lo hermoso, todo lo santo que ha producido el genio humano, todo o casi todo puede ser aniquilado. Por consiguiente, si la guerra, sobre todo hoy, se presenta a todo observador serio como algo terrible y mortífero, es de esperar que mediante el esfuerzo de todos y especialmente de los gobernantes de los pueblos, se alejen las oscuras y amenazadoras⁵¹⁵ nubes, que son todavía causa de temor, y resplandezca, finalmente, la verdadera paz entre los pueblos.

5. Oraciones públicas. Sin embargo, conociendo que toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba viene, como que *desciende del Padre de las Luces*⁽¹⁾, creemos oportuno, Venerables Hermanos, prescribir de nuevo públicas oraciones y súplicas para implorar la concordia entre los pueblos.

6. Recuerden los Obispos a sus fieles que sólo los principios cristianos y la vida cristiana salvan. Será cuidado de vuestro celo pastoral no solamente exhortar a las almas a vosotros confiadas para que eleven a Dios ardientes plegarias, sino también incitarles a pías obras de penitencia y expiación a fin de aplacar la majestad del Señor, ofendido por tan graves delitos públicos y privados. Y mientras que, según vuestro oficio, dais cuenta a vuestros fieles de esta paternal invitación Nuestra, recordadles nuevamente de cuáles principios brota una paz justa y duradera y por cuáles métodos hay que conseguirla. Ella en verdad, como bien sabéis, se puede conseguir tan solo me-

dante los principios y las normas dictadas por Cristo, llevados a la práctica con sincera piedad. Tales principios y tales normas traen realmente a los hombres a la verdad, a la justicia y a la caridad. Poned un freno a sus codicias; obligad a los ciegos a que obedezcan a la razón; moved a éstos a que obedezcan a Dios; haced que todos, aun los que gobiernan los pueblos reconozcan la libertad debida a la Religión, la cual, además de su función fundamental de conducir las almas a la eterna salvación, tiene también la de tutelar y proteger los fundamentos mismos del Estado.

7. Los que persiguen a la Iglesia no contribuyen a la paz. De todo lo que hemos dicho hasta ahora es fácil argüir, Venerables Hermanos, qué lejos están de procurar una paz segura quienes pisotean los sacrosantos derechos de la Iglesia católica, privan a sus ministros del libre ejercicio del culto, conduciéndolos al destierro y a la cárcel, impiden y hasta proscriben y destruyen las escuelas y los institutos de educación⁵¹⁶ que se rigen por las normas y principios cristianos, achacan con error calumnias y todo género de torpezas y apartan a los pueblos y especialmente a la tierna juventud, de la integridad de las costumbres de la virtud, de la inocencia, hacia los atractivos de los vicios y de la corrupción.

8. Calumnian la Santa Sede de fomentar la guerra, cuando promueve la paz. Es cosa bien clara en qué error están los que insidiosamente lanzan contra esta Sede Apostólica la acusación de querer una nueva conflagración. En realidad, nunca han faltado, ni en los tiempos pasados, ni en aquellos más cercanos a Nos, quienes hayan intentado subyugar a los pueblos por la fuerza de las armas, pero Nos jamás hemos dejado de promover una verdadera paz.

9. Sólo la verdad enseñada por la Iglesia y la virtud practicada traerá la concordia. La Iglesia, no con las

(1) Cfr. Santiago 1, 17.

armas, sino con la verdad, desea conquistar a los pueblos y educarles en la virtud y en la rectitud de la vida social. Efectivamente, las armas con que combatimos no son carnales, sino que son *poderosísimas por Dios*⁽²⁾. Es menester que enseñéis todo esto claramente, porque solamente entonces, es decir, cuando los mandamientos cristianos den forma a la vida pública y privada, solamente entonces será lícito esperar que, conciliados los odios de los hombres, vivan en fraterna concordia las diversas clases de la sociedad, los pueblos y las gentes.

10. Votos por el éxito de las nuevas oraciones. Que las nuevas oraciones pidan a Dios que estos ardientes deseos Nuestros se vean satisfechos de tal manera que, con la ayuda de la gracia divina, y con la virtud cristiana, se renueven en todos las costumbres y las

relaciones entre los pueblos se vean pronto de tal manera ordenadas que procuren en cada una de las naciones, frenada la codicia de dominar a los demás, la necesaria libertad de vida a la Iglesia y a todos sus hijos, según los derechos divinos y humanos.

11. Bendición Apostólica. Con esta confianza os damos de todo corazón a vosotros, Venerables Hermanos, a vuestro clero y fieles, y a todos los que de este modo especial Nos oiréis prontamente en estas exhortaciones Nuestras, la Bendición Apostólica, auspicio de las gracias divinas y de Nuestra paternal benevolencia. ⁵¹⁷

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de Julio de 1950, duodécimo de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA XII.

(2) 2 Cor. 10, 4.